

á las seis de la tarde, en un campo elevado encima de una garganta de montañas que baja hácia un rio que vemos brillar á lo lejos; un pequeño torrente corre saltando por la garganta, y en él damos de beber á los caballos. Todavía es allí duro el clima : delante de nosotros, en la embocadura de la garganta, se alzan unos picos de peñascos, agrupados en pirámides, y se pierden en el cielo. Ninguna vegetacion hay en aquellos picos : el color gris ó negro del peñasco contrasta con la espléndida limpidez del cielo en que se pierden.

1 de abril 1835.

Montamos á caballo á las seis de la mañana.— Día hermosísimo. — Caminamos todo el día, sin parar, entre unas escarpadas montañas, separadas solamente por estrechas gargantas donde ruedan torrentes de nieve derretida. — Ni un árbol, ni un musgo, se ven en las laderas de aquellas montañas : sus formas singulares figuran monumentos humanos. Una de ellas se alza inmensa y perpendicularmente tajada por todos lados, como una pirámide ; puede tener sobre una legua de circunferencia : no se puede descu-

brir como ha sido nunca posible subir á la cima; no hay resto alguno visible de senderos ni de escalones, y sin embargo en todas sus laderas hay cavernas de todos tamaños, abiertas por mano del hombre. Hay una multitud de celdas, grandes y chicas, cuyas puertas están labradas á cincel. Algunas de aquellas grutas, cuyas bocas se abren sobre nuestras cabezas, tienen unos pequeños terrados de rocas vivas delante de sus puertas : se ven restos de capillas ó de templos, columnas todavía en pié, sobre la roca : — parece aquello una colmena de hombres abandonada. Los Arabes dicen que los que han abierto aquellas cavernas son los cristianos de Damasco, y creo en efecto que esta es una de aquellas tebaidas donde se refugiaron los primeros cristianos en los tiempos de cenobitismo ó de persecucion. San Pablo habia fundado una grande iglesia, en Damasco, y aquella iglesia, por mucho tiempo floreciente, corrió los azares y sufrió las persecuciones de todas las demas iglesias de Oriente.

Dejamos esta montaña á nuestra izquierda y pronto á nuestra espalda. Bajamos rápidamente, y por precipicios casi intransitables, hácia un valle mas abierto y mas ancho, que llena un hermoso rio. En sus orillas vuelve á empezar la vegetacion ; — sauces, abedules, inmensos ár-

boles de singular ramage y hoja negra crecen en las grietas de los peñascos que ciñen el rio. Seguimos por espacio de una hora aquellas encantadas márgenes, bajando siempre, pero insensiblemente. El rio nos acompaña murmurando y levantando espuma bajo los pies de nuestros caballos. Las altas montañas que forman la garganta de donde baja el rio, se alejan y se redondean en anchas y frondosas grupas, heridas por los rayos del sol occidental: ya es aquella una primera vista de la Mesopotamia; vemos cada vez mejor los anchos valles que van á desembocar en la gran llanura del desierto de Damasco á Bagdad. El valle donde estamos circula blandamente y se va ensanchando. A derecha é izquierda del rio, empezamos á ver rastros de cultivo y oimos lejanos mugidos de rebaños. Vergeles de albaricoques, tan grandes como nogales, ciñen el camino: pronto, con gran sorpresa nuestra, vemos separados con setos vivos, como en Europa, los vergeles y los huertos, sembrados estos de verduras y aquellos de árboles frutales en flor: unas vallas, ó unas puertas de madera dan paso á aquellos lindos vergeles. El camino es ancho, llano, bueno, como en las cercanías de una gran ciudad de Francia: ninguno de nosotros conocia la existencia de aquel hechicero jardin, en medio de aquellas inaccesibles monta-

ñas del Anti-Líbano: — evidentemente nos acercamos á una ciudad ó á una aldea árabe, cuyo nombre ignoramos; un ginete árabe á quien encontramos, dice que estamos en las cercanías de un muy estenso lugar, cuyo nombre es *Zebdani*; ya vemos el humo de sus casas que se alza entre las copas de los corpulentos árboles de que está sembrado el valle; entramos en las calles del pueblo, que son anchas, rectas y tienen una acera de losas á cada lado. Las casas que las ciñen son grandes y estan rodeadas de patios llenos de ganados, y de huertos perfectamente regados y cultivados. Las mugeres y los muchachos se asoman á las puertas para vernos pasar y nos acogen con caras francas y halagüeñas. Preguntamos si hay en el pueblo alguna plaza cubierta donde podamos hacer noche, y nos responden que no, porque como *Zebdani* no está junto á ningun camino, nunca pasan por él caravanas. Llegamos, despues de haber circulado mucho tiempo por las calles del pueblo, á una gran plaza en la orilla del rio, donde una casa mayor que las otras, precedida de un terrado, y rodeada de árboles, nos anuncia la habitacion del jeque. Me presento con mi dragoman y pido una casa para pasar la noche: los esclavos van á avisar al jeque, que al punto acude en persona; es un venerable anciano, de barba blanca y fisonomía

afable y franca : me ofrece toda su casa con una cordialidad que rara vez he encontrado. Al instante sus numerosos esclavos y los principales vecinos del pueblo se apoderan de nuestros caballos, los llevan á un espacioso cobertizo, los descargan y traen sacos de cebada y de paja. El jeque hace salir á sus mugeres de su habitacion y nos introduce primeramente en su divan, donde nos sirven café y sorbetes, y luego nos abandona todas las piezas de su casa. Me pregunta si quiero que los esclavos nos aderecen una comida, pero le ruego que permita que mi cocinero les evite esa molestia, y que nos proporcionen solamente una ternera y algunos carneros para renovar nuestras provisiones apuradas desde Balbek. A los pocos minutos, el carnicero del pueblo trae y mata la ternera y los carneros, y mientras que nuestra gente nos dispone la cena, el jeque nos presenta los principales vecinos del pueblo sus parientes y sus amigos, y aun me pide permiso para hacer introducir á sus mugeres á presencia de madama de Lamartine, pues deseaban vivamente, me dijo, ver á una muger de Europa y contemplar sus vestidos y sus joyas. En efecto pasaron las mugeres del jeque, tapadas con sus velos, por el divan donde estábamos y entraron en el cuarto de mi muger : eran tres, y una de ellas parecia por su edad la madre de

las otras dos. Las dos jóvenes eran singularmente hermosas, y parecian llenas de respeto, de deferencia y cariño hácia la mas anciana. Mi muger les hizo algunos regalillos, á que correspondieron ellas con otros. Durante aquella entrevista, el venerable jeque de Zebdani nos llevó á un terrado que ha dispuesto al lado de su casa, en la orilla del rio : varios pilares, plantados en el cauce mismo del rio, sostienen un tablado cubierto de alfombras y rodeado de un divan : un arbol inmenso, semejante á los que ya habia visto yo á la vera del camino, cubre con su sombra el terrado y todo el rio : allí es donde el jeque, como todos los Turcos, pasa sus horas de solaz disfrutando el murmullo y la frescura de las espumantes aguas del rio, la sombra del arbol y los gorgoros de los mil pajarillos que le pueblan : un puente de tablas conduce desde la casa á aquella especie de azotea colgante. Este es uno de los mas hermosos sitios que he contemplado en mis viages. La vista resbala sobre las últimas grupas combas y sombrías del Anti-Líbano, que señorean las pirámides de roca negra ó los picos de nieve ; baja con el rio y sus olas de espuma por entre las desiguales cimas de los bosques de variados árboles que trazan su curso, y va á perderse con él en las llanuras en declive de la Mesopotamia, que entran, como un

golfo de verdura, en las sinuosidades de las montañas.

Cuando estuvo pronta la cena, supliqué al jeque que se sentase á la mesa con nosotros, lo que aceptó de muy buena gana, y le divirtió mucho el modo de comer de los Europeos, pues nunca habia visto ninguno de los utensilios de nuestras mesas. No bebió vino y no probamos á violentarle; la conciencia del musulman es tan respetable como la nuestra: hacer pecar á un Turco contra la ley que su religion le impone me ha parecido siempre cosa tan culpable y absurda como tentar á un cristiano. Largo rato hablamos de Europa y de nuestros usos, de los que nos parecia grande admirador, y él nos habló de su modo de administrar su pueblo. Su familia gobierna hace siglos este canton privilegiado del Anti-Líbano, y los progresos de propiedad, agricultura, policía y limpieza que habiamos admirado al cruzar el territorio de Zebdani, eran debidos á aquella escelente raza de jeques. Lo mismo sucede en todo el Oriente: todo es escepcion y anomalias; el bien como el mal se perpetuan en él sin término. Por aquel pueblo encantador pudimos juzgar de lo que serian aquellas provincias bien administradas.

El jeque admiró mucho mis armas, y sobre

todo un par de pistolas de piston, y disfrazó mal el placer que le causaria la posesion de aquella arma; pero yo no podia ofrecérsela, pues aquellas eran mis pistolas de batalla que queria conservar hasta mi vuelta á Europa. Le regalé un reloj de oro para su muger, regalo que recibió con toda la cortés resistencia que pondriamos en Europa para aceptar uno semejante, y aun afectó quedar completamente satisfecho, aunque para mí era evidente su predileccion por el par de pistolas. Trajéronnos una multitud de almohadones y de alfombras para acostarnos; los tendimos sobre el divan donde él dormia tambien, y nos dormimos al rumor del rio que murmuraba bajo nuestras camas.

Salimos al dia siguiente con el alba, — cruzamos la segunda mitad de la aldea de Zebdani, mas hermosa aun que la que habiamos visto la vispera. El jeque nos hace escoltar hasta Damasco por algunos hombres á caballo de su tribu: allí despedimos á los ginetes del emir de Balbek, que no estarian seguros en el territorio de Damasco. Andamos durante una hora por caminos cercados de setos vivos, tan anchos como en Francia y perfectamente cuidados. Una bóveda de albericoques y de perales cubre el camino; á derecha é izquierda se estienden vergeles sin fin, luego campos cultivados, llenos de hom-

bres y de ganados: todos estos vergeles estan regados por arroyos que bajan de las montañas á la izquierda. Las montañas están cubiertas de nieve en sus cimas; la llanura es inmensa y nada la limita á nuestra vista mas que las arboledas en flor. Despues de haber caminado así tres horas como en medio de los mas deliciosos paisages de Inglaterra ó de Lombardia, sin que nada nos recordase el desierto y la barbarie, llegamos á un pais esteril y mas quebrado: la vegetacion y el cultivo desaparecen casi del todo. Colinas de roca, apenas cubiertas de un musgo amarillento, se estienden delante de nosotros, limitadas por montañas grises mas altas é igualmente peladas. Hacemos alto bajo nuestras tiendas, al pie de aquellas montañas, lejos de toda habitacion: alli pasamos la noche á la orilla de un torrente profundamente encajonado que resuena como un trueno sin fin en una garganta de peñascos y arrastra aguas fangosas y copos de nieve.

A las seis montamos á caballo: como aquella va á ser nuestra última jornada, completamos nuestros trages turcos para no ser reconocidos por Francos en las cercanías de Damasco. Mi muger se viste como las mugeres árabes y un largo velo de lienzo blanco la rodea de pies á cabeza. Nuestros Arabes se acicalan tambien un poco y nos enseñan con el dedo las montañas que aun

nos falta pasar, gritando: Scham! Scham! que es el nombre árabe de Damasco.

La fanática poblacion de Damasco y de los paises circunvecinos exige estas precauciones de parte de los Francos que se aventuran á visitar esta ciudad. Solos entre los Orientales, los Damasquinos abrigan en sus pechos cada vez mas activo el odio religioso y el horror al nombre y al traje europeos; tambien son los únicos que constantemente se han negado á admitir los cónsules y aun los agentes consulares de las potencias cristianas. Damasco es una ciudad santa, fanática y libre, y nada debe mancillarla.

A pesar de las amenazas de la Puerta, á pesar de la intervencion mas temida de Ibrahim-Bajá y de una guarnicion de doce mil soldados egipcios ó estrangeros, la poblacion de Damasco se ha obstinado en negar al consul general de Inglaterra en Siria la entrada en su recinto: dos sediciones terribles ha habido en el pueblo por solo haber corrido la voz de que se acercaba dicho consul, y si no se hubiera vuelto atras, hubiera sido hecho pedazos. Las preocupaciones sobre este punto continuan siendo siempre las mismas; la llegada de un Europeo en traje franco seria la señal de un nuevo alboroto, y aun tememos que haya llegado á Damasco la nueva de nuestro viage y nos esponga á serios peli-

gros. Hemos tomado todas las precauciones posibles; todos vamos vestidos rigorosamente á la turca. Un solo Europeo, que ha adoptado las costumbres y el traje árabe, y que pasa por un comerciante armenio, se ha espuesto de muchos años á esta parte al peligro de habitar semejante ciudad, para ser útil al comercio del litoral de la Siria y á los viageros á quienes su destino impele á estas regiones inhospitalarias: este es M. Baudin, agente consular de Francia y de toda Europa. Antiguo agente de lady Stanhope, á quien acompañó en sus primeros viages á Balbek y á Palmira, empleado luego por el gobierno francés para la adquisición de caballos en el desierto, M. Baudin habla el árabe como un Arabe, ha entablado relaciones de amistad y de comercio con todas las tribus errantes de los desiertos que rodean á Damasco, y se ha casado con una muger árabe, de origen europeo. Diez años hace que vive en Damasco, y á pesar de las numerosas relaciones que ha formado, muchas veces ha visto amenazada su vida por el fanático furor de los habitantes del pueblo. Dos veces ha tenido que huir para evitar una muerte segura. Se ha construido una casa en Zaklé, pueblecito cristiano situado en las faldas del Líbano, y allí es donde se refugia en los tiempos de alboroto popular. M. Baudin, cuya vida está

continuamente en peligro en Damasco, y que es, en esta gran capital, el único medio de comunicacion, el único eslabon de la política y del comercio de Europa, recibe del gobierno francés por única retribucion de sus inmensos servicios, un módico sueldo de 1500 francos (sobre 6,000 reales de vellon); al paso que algunos cónsules, rodeados de todas las seguridades y de todo el lujo de la vida en las otras escalas de Levante, reciben honrosas y pingües retribuciones. No puedo comprender por efecto de qué indiferencia y qué injusticia los gobiernos europeos, y el gobierno francés sobre todo, desatienden y desheredan así á un joven, inteligente, probo, servicial, animoso y activo que hace, y podria hacer, mas y mas utilísimos servicios á su patria.

Yo habia conocido á M. Baudin en Siria, el año anterior, y habia concertado con él mi viage á Damasco. Hoy por la mañana le despacho un Arabe para informarle de la hora á que llegaré á las cercanías de la ciudad, y suplicarle que me envíe un guia para dirigirme.

A las nueve de la mañana, costeamos una montaña cubierta de caserios y huertos de los vecinos de Damasco: un hermoso puente cruza un torrente al pie de la montaña. Vemos numerosas hileras de camellos que acarrean piedras

para construcciones nuevas; todo indica la proximidad de una gran capital; una hora despues vemos, en la cima de un collado, una pequeña mezquita aislada, residencia de un solitario musulman; hay una fuente junto á la mezquita, y varias tazas de cobre, atadas con cadenillas al pylon, brindan al viagero á apagar la sed; hacemos alto un momento en aquel sitio, á la sombra de un sicomoro; ya el camino está cubierto de viageros, de labradores y de soldados árabes; volvemos á montar á caballo, y despues de haber subido algunos centenares de pasos, entramos en un profundo desfiladero, limitado á la izquierda por una montaña de esquita, perpendicular sobre nuestras cabezas, y á la derecha, por un peñasco de treinta á cuarenta pies de elevacion; la bajada es rápida, y las piedras rodadizas resbalan bajo los pies de nuestros caballos. Yo iba á la cabeza de la caravana, á algunos pasos detras de los Arabes de Zebdani; de pronto se paran y prorumpen en gritos de alegría enseñándome una abertura en el realce del camino; me acerco, y veo, por el escote de la roca, el mas magnífico y singular horizonte que jamas ha asombrado una mirada humana; — era Damasco y su desierto sin límites, á algunos centenares de pies bajo mis pisadas; la mirada caia primeramente sobre la ciudad, que rodeada de sus

murallas de marmol amarillo y negro, flanqueada por sus innumerables torres cuadradas de trecho en trecho, coronada de sus almenas esculpidas, dominada por su selva de minaretes de todas formas, surcada por los siete ramales de su rio y sus arroyos sin número, se estendia hasta perderse de vista en un laberinto de jardines en flor, tendia sus inmensos brazos, aquí y allí, en la llanura, por todas partes cubierta de sombra, por todas partes ceñida por el bosque de diez leguas de circuito de sus albericoques, de sus sicomoros, de sus árboles de todas formas y de toda verdura; parecia perderse de cuando en cuando bajo la bóveda de sus árboles, y luego volvía á aparecer mas lejos en anchos lagos de casas, de arrabales, de aldeas; — laberinto de huertos, de vergeles, de palacios, de arroyos, donde el ojo se perdía y no dejaba un encanto mas que para hallar otro: suspendimos nuestra marcha; todos apiñados en el estrecho boquete del peñasco abierto como una ventana, contemplábamos, ya con exclamaciones, ya en silencio, el magnífico espectáculo que se desplegaba así súbitamente y todo entero á nuestros ojos, en el término de un camino por en medio de tantos riscos y áridas soledades, al principio de otro desierto que no tiene por límites mas que á Bagdad y á Basora, y que no se puede atravesar